



MARCO ESTRATÉGICO

Espacio UOLRA, www.relatsargentina.com

1. LAS ORGANIZACIONES SINDICALES Y POPULARES EN LAS ENSEÑANZAS DEL VATICANO:

Los documentos del Papa Francisco desde 2014 en adelante han renovado profundamente la perspectiva estratégica de los trabajadores, mediante un doble movimiento:

-ubicar la importancia de los movimientos sociales, en tanto productores de la economía popular

-recomendar la vinculación del sindicalismo con esos movimientos, en tanto que son “su periferia”.

A continuación, se reproducimos textualmente los contenidos principales de los escritos del Vaticano en este campo.

1. Movimientos sociales

Está avanzando una sensibilidad social diferente en relación con las situaciones de exclusión. Ello resulta del accionar de nuevos movimientos populares que a la vez que buscan instalar esta problemática en la agenda de la sociedad demandan mayor participación y protagonismo en las decisiones de los poderes públicos.

El nuevo paradigma de desarrollo supone la centralidad de los pueblos como sujetos históricos, con su propia subjetividad cultural y diversidades; con sus organizaciones diversidades; con sus organizaciones sociales y sindicales, con sus experiencias, con sus formas de representación y lucha.

Esas fuerzas deben moverse para superar la etapa de resistencia, para pasar al protagonismo con acciones novedosas y transformadoras.

Superar el asistencialismo paternalista exige crear nuevas formas de participación que incluya a los movimientos populares.

Sobre la solidaridad. Solidaridad es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales.

Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero: los desplazamientos forzados, las emigraciones dolorosas, la trata de personas, la droga, la guerra, la violencia y todas esas realidades que muchos de ustedes sufren y que todos estamos llamados a transformar.

Los pobres no sólo padecen la injusticia sino que también luchan contra ella. No se contentan con promesas ilusorias, excusas o coartadas.

Tampoco están esperando de brazos cruzados la ayuda de ONGs, planes asistenciales o soluciones que nunca llegan o, si llegan, llegan de tal manera que van en una dirección o de anestesiar o de domesticar.

No se puede abordar el escándalo de la pobreza promoviendo estrategias de contención que únicamente tranquilicen y conviertan a los pobres en seres domesticados e inofensivos.

Los pobres trabajan incansablemente en sus territorios y comunidades por la dignificación de la economía popular, por la integración urbana de sus villas y asentamientos, por la autoconstrucción de viviendas y el desarrollo de infraestructura barrial

Ese arraigo al barrio, a la tierra, al oficio, al gremio, ese reconocerse en el rostro del otro, esa proximidad del día a día, con sus miserias, porque las hay, y sus heroísmos cotidianos, es lo que permite un encuentro genuino entre personas.

Los pobres trabajan en lo cercano, en lo pequeño, en la realidad sectorial pero, a la vez, lo hacen en una perspectiva que no sólo aborda la realidad sectorial sino que también buscan resolver de raíz los problemas generales de pobreza, desigualdad y exclusión. Es imprescindible que, junto a la reivindicación de sus legítimos derechos, los pueblos y organizaciones sociales construyan una alternativa humana a la globalización excluyente.

Sobre la economía popular. Los trabajadores excluidos, sobrantes para este sistema, fueron inventando su propio trabajo con su artesanidad, con su trabajo comunitario, con su economía popular

Todo trabajador, esté o no esté en el sistema formal del trabajo asalariado, tiene derecho a una remuneración digna, a la seguridad social y a una cobertura jubilatoria. Son cartoneros, recicladores, vendedores ambulantes, costureros, artesanos, pescadores, campesinos, constructores, mineros, obreros de empresas recuperadas, todo tipo de cooperativistas y trabajadores de oficios populares que están excluidos de los derechos laborales, que se les niega la posibilidad de sindicalizarse, que no tienen un ingreso adecuado y estable. Hoy quiero unir mi voz a la suya y acompañarlos en su lucha.

Un cambio de estructuras que no viene acompañado de una sincera conversión de las actitudes y del corazón termina a la larga o a la corta por burocratizarse, corromperse y sucumbir. Hay que cambiar el corazón.

Eso es muy distinto a la teorización abstracta o la indignación elegante. Eso nos conmueve. Esa emoción hecha acción comunitaria no se comprende únicamente con la razón: tiene un plus de sentido que sólo los pueblos entienden y que da su mística particular a los verdaderos movimientos populares.

El objetivo es poner la economía al servicio de los pueblos, administrando de manera adecuada la casa común. No se trata solo de asegurar la comida o un sustento decoroso. Una economía verdaderamente comunitaria, debe garantizar a los pueblos dignidad, «prosperidad sin exceptuar bien alguno

Esto implica las “tres T”, pero también acceso a la educación, la salud, la innovación, las manifestaciones artísticas y culturales, la comunicación, el deporte y la recreación.

Una economía justa debe crear las condiciones para que cada persona pueda gozar de una infancia sin carencias, desarrollar sus talentos durante la juventud, trabajar con plenos derechos durante los años de actividad y acceder a una digna jubilación en la ancianidad.

Es una economía donde el ser humano, en armonía con la naturaleza, estructura todo el sistema de producción y distribución para que las capacidades y las necesidades de cada uno encuentren un cauce adecuado en el ser social

“vivir bien” no es lo mismo que “pasarla bien”.

Esta economía no es sólo deseable y necesaria sino también es posible. No es una utopía ni una fantasía. Es una perspectiva extremadamente realista.

Los recursos disponibles en el mundo son más que suficientes para el desarrollo integral del hombre.

Existe un sistema con otros objetivos. Un sistema que además de acelerar irresponsablemente los ritmos de la producción, además de implementar métodos en la industria y la agricultura que dañan a la madre tierra en aras de la “productividad”, sigue negándoles a miles de millones los más elementales derechos económicos, sociales y culturales.

La distribución justa de los frutos de la tierra y el trabajo humano no es mera filantropía. Es un deber moral.

Se trata de devolverles a los pobres y a los pueblos lo que les pertenece.

Los planes asistenciales que atienden ciertas urgencias sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras, coyunturales. Nunca podrían sustituir la verdadera inclusión: esa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario.

En este camino, los movimientos populares tienen un rol esencial, no sólo exigiendo y reclamando, sino fundamentalmente creando.

Los trabajadores unidos en cooperativas y otras formas de organización comunitaria lograron crear trabajo donde sólo había sobras de la economía idolátrica.

Las empresas recuperadas, las ferias francas y las cooperativas de cartoneros son ejemplos de esa economía popular que surge de la exclusión y, de a poquito, con esfuerzo y paciencia, adopta formas solidarias que la dignifican.

Los gobiernos deben promover el fortalecimiento, mejoramiento, coordinación y expansión de estas formas de economía popular y producción comunitaria.

Esto implica mejorar los procesos de trabajo, proveer infraestructura adecuada y garantizar plenos derechos a los trabajadores de este sector alternativo.

Cuando el Estado y las organizaciones sociales asumen juntos la misión de las "tres T", se activan los principios de solidaridad y subsidiariedad que permiten edificar el bien común en una democracia plena y participativa.

El futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio. Los acompaño.

Los movimientos populares son sembradores de cambio, promotores de un proceso en el que confluyen millones de acciones grandes y pequeñas encadenadas creativamente

Van por otro camino que es, al mismo tiempo, local y universal.

Es una germinación es lenta, que tiene sus tiempos como toda gestación.

Cuando los pobres organizados, se inventan su propio trabajo, creando una cooperativa, recuperando una fábrica quebrada, reciclando el descarte de la sociedad de consumo, enfrentando las inclemencias del tiempo para vender en una plaza, reclamando una parcela de tierra para cultivar y alimentar a los hambrientos, buscan sanar, aunque sea un poquito, aunque sea precariamente, esa atrofia del sistema socioeconómico imperante que es el desempleo.

Lo contrario al desarrollo es la atrofia, la parálisis. Tenemos que ayudar para que el mundo se sane de su atrofia moral. Este sistema atrofiado puede ofrecer ciertos implantes cosméticos que no son verdadero desarrollo: crecimiento económico, avances técnicos, mayor «eficiencia» para producir cosas que se compran, se usan y se tiran englobándonos a todos en una vertiginosa dinámica del descarte.

Es una solidaridad especial, que existe entre los que han sufrido.

Los movimientos populares recuperan fábricas de la bancarrota, reciclan lo que otros tiran, crean puestos de trabajo, labran la tierra, construyen viviendas, integran barrios segregados y reclaman sin descanso

En estos tiempos de parálisis, desorientación y propuestas destructivas, la participación protagónica de los pueblos que buscan el bien común puede vencer a los falsos profetas que explotan el miedo y la desesperanza, que venden fórmulas mágicas de odio y crueldad o de un bienestar egoísta y una seguridad ilusoria.

Sobre la relación entre pueblo y democracia. La brecha entre los pueblos y nuestras formas actuales de democracia se agranda cada vez más como consecuencia del enorme poder de los grupos económicos y mediáticos que parecieran dominarlas.

Los movimientos populares no son partidos políticos y, en gran medida, en eso radica su riqueza, porque expresan una forma distinta, dinámica y vital de participación social en la vida pública.

No hay que tener miedo de meterse en las grandes discusiones, en la Política con mayúscula

La democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando si deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino.

El futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse

Sobre los riesgos de los movimientos populares. Hay dos riesgos que giran en torno a la relación entre los movimientos populares y la política: el de dejarse encorsetar y el de dejarse corromper.

El primero es no dejarse encorsetar, porque algunos dicen: la cooperativa, el comedor, la huerta agroecológica, el microemprendimiento, el diseño de los planes asistenciales... hasta ahí está bien.

Por ello, las políticas sociales son concebidas como una política hacia los pobres pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos es una especie de volquete maquillado para contener el descarte del sistema.

Mientras se mantengan en el corsé de las «políticas sociales», mientras no cuestionen la política económica o la política con mayúscula, se los tolera.

Los movimientos populares, desde su arraigo a lo cercano, desde su realidad cotidiana, desde el barrio, desde el paraje, desde la organización del trabajo comunitario, desde las relaciones persona a persona, se atreven a cuestionar las macro-relaciones.

Cuando gritan, para señalarle al poder un planteo más integral, eso ya no se tolera, se están metiendo en el terreno de las grandes decisiones que algunos pretenden monopolizar en pequeñas castas.

Las organizaciones de los excluidos están llamados a revitalizar, a refundar las democracias que pasan por una verdadera crisis.

No deben caer en la tentación del corsé que los reduce a actores secundarios, o peor, a meros administradores de la miseria existente.

El segundo riesgo es dejarse corromper. Así como la política no es un asunto de los «políticos», la corrupción no es un vicio exclusivo de la política. Hay corrupción en la política, hay corrupción en las empresas, hay corrupción en los medios de comunicación, en las iglesias y también hay corrupción en las organizaciones sociales y movimientos populares. Hay una corrupción naturalizada en algunos ámbitos de la vida económica, en particular la actividad financiera.

Es justo que quienes han optado por una vida de servicio tienen una obligación adicional que se suma a la honestidad con la que cualquier persona debe actuar en la vida.

La vara es más alta: hay que vivir la vocación de servir con un fuerte sentido de la austeridad y la humildad.

Frente a la tentación de la corrupción, no hay mejor antídoto que la austeridad moral y humana, una austeridad en el modo de vivir.

2. El trabajo sindical hacia los movimientos sociales

Marco general sobre el trabajo. En el ámbito del trabajo también encontramos tensiones y contrastes. Asistimos a la masiva pérdida de puestos de trabajo y a la creciente pauperización de aquellos que aún lo tienen.

Avanza la precariedad laboral, generando situaciones de trabajadores pobres y sin derechos, para quienes el trabajo ya no es garantía de integración social. Esa situación genera una división profunda entre los

trabajadores registrados y aquellos que tienen acceso a un salario mínimo, no siempre continuo, que ni siquiera les permite sobrevivir.

La disminución de los puestos de trabajo tiene también un impacto negativo en el plano económico por el progresivo desgaste del “capital social”, es decir, del conjunto de relaciones de confianza, fiabilidad, y respeto de las normas, que son indispensables en toda convivencia civil.

Las deslocalizaciones han puesto muchas veces a los trabajadores y sindicatos de países diferentes los unos contra los otros, olvidando la necesidad básica de compartir objetivos y luchas comunes. Es prioritario reconstruir una unidad sindical, entre sindicatos, que se ha ido perdiendo a lo largo de los últimos años.

El deterioro de la sociedad y del ambiente afecta de un modo especial a los más débiles del planeta, los excluidos y “descartados”.

Mientras que en algunas regiones una oligarquía goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa está privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y de responsabilidad, incluso en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana

La cultura del descarte sucede cuando al centro de un sistema económico está el dios dinero y no el hombre, la persona humana.

Ni chicos ni ancianos producen, entonces con sistemas más o menos sofisticados se les va abandonando lentamente. Ahora estamos asistiendo también a un tercer descarte muy doloroso, el descarte de los jóvenes.

Es una cultura del descarte que considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar.

Hoy, al fenómeno de la explotación y de la opresión se le suma una nueva dimensión, un matiz gráfico y duro de la injusticia social; los que no se pueden integrar, los excluidos son desechos, “sobrantes”.

En diversos lugares del mundo, las organizaciones sindicales se enfrentan a una permanente persecución, que socava la libertad de

organización e impide el diálogo social, a través de la negación de la representación y la negociación colectiva.

Sobre la misión general del sindicalismo. Sindicato es una hermosa palabra que viene del griego “dike”, es decir justicia y “syn” juntos. Es decir, “justicia juntos”.

La primera industrialización creó la llamada cuestión obrera. El conflicto capital-trabajo surgió por el hecho de que los trabajadores, ofreciendo sus fuerzas para el trabajo, las ponían a disposición de los empresarios, y que éstos, guiados por el principio del máximo rendimiento, trataban de establecer el salario más bajo posible para el trabajo realizado por los obreros.

A esto hay que añadir también otros elementos de explotación, unidos con la falta de seguridad en el trabajo y también de garantías sobre las condiciones de salud y de vida de los obreros y de sus familias.

Así como a fines del siglo XIX las organizaciones sindicales cuestionaron las condiciones de desenvolvimiento del capitalismo luchando por la justicia y la afirmación de derechos, en los albores del siglo XXI están nuevamente llamadas a tener protagonismo en la lucha por la justicia en diálogo con todos los actores sociales y políticos.

Ayer, como hoy, defender los derechos y la dignidad de los trabajadores coincide con la defensa de los mismos derechos y dignidad humana: tener un trabajo y un salario digno es un requisito básico para tener una vida digna.

Lo mismo puede decirse sobre las libertades sindicales fundamentales que están en la base de la convivencia libre, civil y democrática entre seres humanos

Los sindicatos deben ser el faro de los trabajadores en defensa de los antiguos derechos y al mismo tiempo la brújula para individualizar los nuevos, por efecto de la cuarta revolución industrial.

Se necesita una renovada unión sindical global, caracterizada por mayores competencias y una visión más amplia y realista tanto de nuestros tiempos como del futuro.

Los sindicatos tendrán también que ocuparse de nuevos temas que van más allá de la cuestión estrictamente laboral, como el desarrollo de energías renovables, la tutela del medio ambiente y de la biodiversidad, y la implementación de procesos de producción, utilización y reciclaje de los productos.

En este nuevo marco, la educación y la formación a todos los niveles deberán ser una parte integrante de la actividad de reivindicación sindical. La formación, en particular, tendrá un papel decisivo en los próximos años puesto que la digitalización transformará progresivamente la manera de trabajar y muchos trabajos se volverán directamente obsoletos.

Se necesitan nuevas formas de participación y organización que le otorguen sentido, contenido y dinámicas transformadoras, favoreciendo el cambio generacional.

Para un nuevo ordenamiento, no partimos de cero: existe una experiencia acumulada. Debe recuperarse un recorrido, una trayectoria, e identificarse elementos, cuestiones cruciales, prácticas efectivas, experiencias de organización institucionalizadas a lo largo del tiempo que tengan ese sentido y esa orientación.

Resulta imperativo actualizar legados y compromisos. Construir agenda propia con sentido estratégico.

No se trata sólo de luchar por la justicia social sino de organizarse con fines de justicia. Se debe enfatizar el hacer, el experimentar, el ensayar, el obrar. Esto supone un involucramiento, una apropiación y una contextualización de las propuestas.

Los sindicatos no pueden encerrarse en la defensa corporativa de su sector, están llamadas a trascender, a contribuir al armado de una agenda social democratizadora, fortalecer el lazo político y las

articulaciones, a demandar y potenciar la intervención de los poderes públicos con fines de bien común.

Los sindicatos deben cultivar virtudes sociales que faciliten el florecimiento de una nueva solidaridad global, que nos permita escapar del individualismo y del consumismo, y que nos motiven a cuestionar los mitos de un progreso material indefinido y de un mercado sin reglas justas

En el contexto actual de la cuarta revolución industrial, el mundo necesita las voces de los trabajadores quienes, en su lucha han aprendido a enfrentarse con una mentalidad utilitarista, cortoplacista, y manipuladora, que justifica todo en función del dios dinero.

Se necesita recuperar el movimiento por la justicia incluido en la historia de las organizaciones de trabajadores y las relaciones entre el capital y el trabajo.

Sobre el trabajo sindical en las periferias. En este diálogo social sobre el desarrollo, todas las voces y visiones son necesarias, pero en especial aquellas voces menos escuchadas, las de las periferias..

No hay “justicia juntos” si no es junto a los excluidos de hoy

Vivir las periferias puede convertirse en una estrategia de acción, en una prioridad del sindicato de hoy y de mañana.

Se necesita un ejercicio colectivo, que revitalice las miradas y experiencias de las organizaciones sindicales que impulsaron y promovieron los procesos de integración y movilidad social en el marco de la civilización industrial y que siguen vigentes. El sindicalismo renace en estas periferias.

Las organizaciones de los trabajadores deben ser interpeladas para que, además de trabajar en el cuidado y protección de sus miembros, en el contexto actual de exclusión social, alarguen la mirada y trabajen por los procesos de integración social más allá de las propias filas.

Las organizaciones sindicales están llamadas a convertirse en factores clave para la inclusión, la participación, la integración plena en la sociedad de quienes no tienen “tierra, techo o trabajo”.

Los profetas son centinelas, que vigilan desde su atalaya. También el sindicato tiene que vigilar desde las murallas de la ciudad del trabajo, mirando y protegiendo a los que están dentro de la ciudad del trabajo, también a los que están fuera de las murallas. Son periferias existenciales. Allí hay que luchar entre los inmigrantes, de los pobres, que están bajo las murallas de la ciudad.

El sindicato no realiza su función esencial de innovación social si vigila solo a los que están dentro, si sólo protege los derechos de las personas que trabajan o que ya están retiradas. Esto se debe hacer, pero es la mitad del trabajo sindical. Su vocación es también proteger los derechos de quien todavía no los tiene, los excluidos del trabajo que también están excluidos de los derechos y de la democracia.

Tal vez nuestra sociedad no entiende al sindicato porque no lo ve luchar lo suficiente en las periferias existenciales, entre los descartados del trabajo. Pensemos en el 40% de jóvenes menores de 25 años que no tienen trabajo.

Sobre los peligros para el sindicalismo. En nuestras sociedades capitalistas avanzadas el sindicato corre el peligro de perder esta naturaleza profética y de volverse demasiado parecido a las instituciones y a los poderes que, en cambio, debería criticar.

El sindicato, con el pasar del tiempo, ha acabado por parecerse demasiado a la política, o mejor dicho, a los partidos políticos, a su lenguaje, a su estilo.

Si se olvida esta dimensión típica y diferente, también su acción dentro de las empresas pierde potencia y eficacia.

También se observan dos tentaciones:

-la del individualismo colectivista, es decir, de proteger sólo los intereses de sus representados, ignorando al resto de los pobres, marginados y

excluidos del sistema. Se necesita invertir en una solidaridad que trascienda las murallas de sus asociaciones, que proteja los derechos de los trabajadores, pero sobre todo de aquellos cuyos derechos ni siquiera son reconocidos.

-la del cáncer social de la corrupción. Así como, en ocasiones, la política es responsable de su propio descrédito por la corrupción, lo mismo ocurre con los sindicatos. Es terrible esa corrupción de los que se dicen «sindicalistas», que se ponen de acuerdo con los emprendedores y no se interesan por los trabajadores dejando a miles de compañeros sin trabajo; esto es una lacra, que mina las relaciones y destruye tantas vidas y familias.